

más como una mujer que como una espía"; "Esa ciudad que habitó Tejada, ese paisaje ido, recuperado por la memoria escrita, la suya y la de un diario, El Espectador, donde consignó lo observado, dejan entrever el nuevo invento, el cine..." (pág. 94).

Vemos aquí cómo, en una sola página, se presentan tres temas de diferente naturaleza que, si bien están conectados por las fechas en que las crónicas aparecieron, en cuanto a su contenido se mantienen, sin embargo, completamente desmembrados. Víctor Bustamante considera que la actividad del investigador no está tanto en la reconstrucción e interpretación de los datos que ha recopilado (hacer hablar el material) sino, más bien, en la enumeración indiscriminada de los mismos. Este propósito es aún más evidente en el desorden con que se presentan nubes de datos y de citas, cuando el autor vincula a Luis Tejada con Los Nuevos: "Para una visión de este grupo, para esta bohemia que saluda el nuevo siglo, he formado un *collage* con sus diversos testigos, cada uno entrega su versión": "Felipe Lleras añade..." "...Hasta aquí la prosa diáfana, irresistible, de Alberto Lleras Camargo", "Otro testimonio que completa esta suerte de mosaico, es el de Germán Arciniegas..."; "Osorio Lizarazo, ese novelista que ha situado y sitiado a Bogotá como ninguno, en lo que podría llamar los bajos fondos, añade..."; "Armando Solano denominó a Los Nuevos..."; "Rafael Serrano Camargo anota... (págs. 162-167). Cada uno de estos nombres está acompañado de largas citas que no le sugirieron nada a Víctor Bustamante, pues no hace ni un solo comentario de lo citado. Citar es, sin lugar a dudas, un arte. Más, si consideramos que la cita debe colocarse en un lugar estratégico, de tal manera que sea un verdadero apoyo en la explicación de lo que el investigador esté planteando y no, como en este caso, un nuevo aporte al oscurecimiento del objeto de estudio.

La falta de organización del material que hemos venido comentando se presenta de una forma casi sistemática durante todo el texto. El último capítulo del libro, intitulado "El sibarita extraviado", confirma esto, pues en vez de ser una conclusión que cohesione el

libro, termina siendo la reafirmación de la regla: está conformado únicamente por una serie de trece citas en las que diferentes personas hablan del cronista (Blanca Isaza de Jaramillo Meza, Adel López Gómez, Horacio Franco, Lleras Camargo, Alejandro Vallejo, etc.).



Esta sucesión interminable de citas inconexas sugiere al lector la posibilidad de crear, a partir de la simple cronología propuesta por Víctor Bustamante, una historia. En el procedimiento de creación de la misma, se pondrá a prueba la capacidad que tiene el lector de hilar, con delicadeza y mucha paciencia, un tejido que debería haber sido elaborado por el propio investigador.

LEONARDO ESPITIA ORTIZ

Tú eres la vida

Mensajes bajo un mismo cielo. Cartas de amor de Nieto Arteta
Diego Marín Contreras
(selección y prólogo)
Ediciones Gobernación del Atlántico,
Barranquilla, 1994

"Hay otro Luis Eduardo", le manifestó Nieto Arteta a su amada, María del Carmen Tafur, en la carta que fechó el 12 de diciembre de 1941.

En una primera aproximación, se podría pensar que Luis Eduardo Nieto Arteta fue un frío filósofo, absorto en las profundidades de la historia económica y la fenomenología. Sin embar-

go, quienes hemos estudiado su biografía, aunque no conocíamos a este "otro" Luis Eduardo, lo intuíamos.

Ediciones Gobernación del Atlántico, el sello editorial iniciado por Gustavo Bell Lemus, ha recogido en *Mensajes bajo un mismo cielo*, las cartas de amor enviadas por Nieto a su novia y futura esposa entre el 30 de noviembre de 1941 y el 11 de julio de 1942. La selección y el prólogo estuvieron a cargo de Diego Marín Contreras.

La figura que emerge de estas páginas es la de un hombre enamorado; en ellas, además, la pasión intelectual aflora a cada instante. Por ejemplo, el 5 de abril de 1942 le escribió a María del Carmen: "Yo te ofrezco mis conocimientos, todo lo intelectual que yo haya podido allegar será tuyo, solamente tuyo"; y el 2 de mayo del mismo año, casi contraponiendo lo afectivo con el intelecto, le declaró: "Cuando estoy contigo gozo de tu enternecedora intimidad y de tus dulces y suaves caricias, olvido el mundo exterior, olvido todas mis preocupaciones intelectuales, olvido las torturas de la vida intelectual".

Al leer esta correspondencia no pude resistirme a repasar las cartas de Franz Kafka a Felice Bauer. Indudablemente, hay ecos y resonancias en los textos de Nieto Arteta que nos recuerdan los mensajes que bajo el cielo de Praga escribió Kafka entre 1912 y 1917.

La obsesión con los estados de salud, las alusiones a la lucha en su interior entre dos seres, la pasión intelectual y la escritura reemplazando la acción, son temas que están presentes en las dos correspondencias. Y, curiosamente, ambas amadas, Felice y María del Carmen, parecen haber sido mujeres vitales, directas y descomplicadas. Cualidades éstas que, con seguridad, fueron las que atrajeron a los "mensajeros del amor".

"¿Será que uno puede seducir a una mujer a través de la escritura?", le preguntó alguna vez Kafka a su amigo Max Brod. Nieto Arteta hubiera podido plantearse lo mismo. En la carta del primero de diciembre de 1941, le reveló a María del Carmen que: "[...] en el mismo discreto procedimiento epistolar hay implícita la posibilidad de una mayor efusividad espiritual, de mi más

amplio intercambio de sentimientos, de una ilimitada sinceridad cordial [...] Quería escribirte en esas cartas algunas frases que no me atrevía ni arriesgaba a decirte en un apacible diálogo verbal". Aquí, no podemos sino recordar a Elías Canetti, quien en su libro acerca de las cartas de Kafka a Felice anotó: "En este sentido se debe decir que para Kafka, que rara vez se sentía a gusto en la conversación, el amor se manifestaba a través de su palabra escrita".

Los *Mensajes bajo un mismo cielo* fueron redactados cuando Nieto tenía veintiocho años y su vida afectiva, laboral e intelectual prosperaban. El 20 de diciembre de 1941, y como se lo comentó a María del Carmen, salió a la circulación su obra más importante: *Economía y cultura en la historia de Colombia*. Además, a comienzos de 1942 se reintegró al Ministerio de Relaciones Exteriores, donde era muy apreciado y le brindaron siempre todas las condiciones para cultivar sus intereses intelectuales. Y, como si fuera poco, había encontrado el amor: "Tú eres una senda florecida que conduce al gozo de la vida y a la aprehensión de lo absoluto. Tú eres la vida" (carta del 5 de diciembre de 1941).

ADOLFO MEISEL ROCA

Un privilegio del amor

Mensajes bajo un mismo cielo

Luis Eduardo Nieto Arteta

Ediciones Gobernación del Atlántico, Barranquilla, 1994, 107 págs.

Mensajes bajo un mismo cielo recoge las cartas de amor de Luis Eduardo Nieto Arteta a María del Carmen Tafur Morales, o a Nena, como él la llama. Penetrar en la intimidad de este amor es una sorpresa, como si escribir cartas de amor fuera sólo privilegio de unos cuantos. Escribir cartas de amor es privilegio de todos; también lo es de Nieto Arteta, de quien conocemos su pensamiento escrito sobre Colombia y otros

textos filosóficos publicados hacia 1940: *Economía y cultura en la historia de Colombia y Lógica, fenomenología y formalismo jurídico*. En sus cartas nos encontramos con un ser de carne y hueso o, cómo él mismo lo expresa, con un intelectual humanizado. Humanizado por ella, por Nena, o por el amor. Un hombre enamorado soñando con su querida, construyendo fantasías de un amor espiritual. Viven en la Bogotá de los años cuarenta, fría, neblinosa; se ven casi a diario o hablan por teléfono; apenas cuelgan, él siente el arrebató y le escribe. Al poco tiempo ella se muda a una casa sin teléfono, hecho que acrecienta la longitud y frecuencia de la correspondencia.



Entre el 30 de noviembre y el 24 de diciembre de 1941 escribe 17 cartas largas "con una caligrafía apretada pero clara, de nerviosos trazos y levemente inclinada hacia la derecha", comenta Diego Marín Contreras en el prólogo. Después vienen 32 cartas breves y de corte diferente, tal vez más poéticas, escritas entre el 3 de marzo y el 11 de julio de 1942. En las primeras le habla a una amiga de quien está enamorado, le habla de asuntos familiares a veces incomprensibles, le comenta las cartas que ella le escribe, le habla de sus proyectos y la invita a trabajar con él: "Colaborarás conmigo —le dice— en la forma que yo te indicaría". Su lectura nos adentra en el mundo confidencial de alguien: "Este mensaje es para ti sola. No se lo muestres a ninguna otra persona. Él ha sido escrito con todo el amor". También nos permite tocar lo fascinante que tiene leer cartas o diarios ajenos... Qué más intimidad que la que guarda la carta a un ser amado. Es

entrar sin tapujos, para encontrarse con ese ser, con Lucho, o Luisito —así firma algunas— enamorado, y no alguien académico, frío y distante, a quien alguna vez consultamos en una biblioteca. Un intelectual nervioso y apasionado, dominante y tierno, cariñoso y respetuoso. A la "Nena insigne y sincera", con su lenguaje pausado y reverencial, con la ternura de sus 28 años y la confusión de un ser adulto que guarda sus mensajes en el bolsillo de su vestido de dormir, le pide que lo incluya en "las pulcras creaciones de sus fantasías".

El poeta es un ser solitario que la hace partícipe de asuntos tan íntimos y cotidianos como que se ha afeitado, para después disculparse si por ello la ha ofendido. Estas primeras 17, escritas casi en un mes y medio, hablan de ese momento de florecimiento y fascinación cuando se dan cuenta de que están enamorados, y que esa relación es mucho más que una amistad espiritual, y no ya la amistad de la que han venido hablando, porque ya se han ruborizado en algún almuerzo familiar o enfrente de alguna persona. Por primera vez escriben la palabra amor. Amor puro y romántico. Aumenta esta intensidad no sólo este descubrimiento sino también, como ya lo decía, la mudanza de Nena y el no tener teléfono, y además una leve enfermedad de ambos. Ella ha venido sufriendo una afección en un oído como si no quisiera oír una declaración de amor, y él una molestia en la garganta como para no poder hacer una declaración de amor. Los dos guardan cama, delicados, ella en su casa, él en la pensión que habita. Mientras en Bogotá llovizna. Entonces ella siente sus primeros miedos; "Adiós, Luis Eduardo, tengo miedo de penetrar más en el rinconcito donde he guardado mi afecto para ti" (pág. 20). ¡Ah! el juego del amor, el miedo del amor. Ella siente sus primeras dudas y él se las disipa.

Este hombre se deja ver como un pensador que quiere penetrar profundo con su pensamiento, y que tal vez no logra expresarlo del todo, y lo digo por el uso del lenguaje, al menos en estas cartas que sólo son eso: cartas, momento íntimo. No son textos públicos, son cartas sin pulir, así como salen, con el nerviosismo del momento o de su crea-